

Club DEL MISTERIO

William P.
McGivern
**OBJETIVO:
WALL STREET**



Formaban una excelente banda, pequeña, bien organizada y muy especializada. Sus robos eran un modelo de perfección y profesionalidad. Todo iba a pedir de boca hasta que concluían sus trabajos; entonces, por una u otra razón, siempre les pescaban. Como formaban una banda moderna, decidieron contratar a un psiquiatra que les ahorrara la molesta necesidad de dejarse atrapar. Querían liberar al genio de la lámpara, pero no estaban seguros de poderlo controlar, pues hay muchas diferencias entre una sucursal bancaria de provincias y Wall street.

*A Patrick McGivern,
que rehusó brindar por Peter Churchman...
Café Kutz, Pamplona, 1965*

1

Otis Pemberton se despertó con un sobresalto —o con una oleada de excitación, decidió un poco más tarde— al oír una seductora risa femenina.

Permaneció inmóvil unos instantes, casi sin respirar, casi sin atreverse a creer en este golpe de buena fortuna; le dolía la cabeza y apenas notaba los latidos del corazón, seguramente por haber abusado del alcohol la noche anterior, pero haría caso omiso de la resaca si no estaba solo en la cama y si, gracias a un inesperado milagro, podía iniciar el día con un vigorizante ejercicio sexual.

Sonrió y se despezó con lujuriosa anticipación, pues la risa había sonado muy cerca de él, tan estimulante como una caricia sobre su piel; era una risa suave y cálida, pero un poco jadeante e involuntaria, y Pemberton se imaginó a una criatura que protestaba deliciosamente bajo las cosquillas de unos dedos traviesos.

Con un leve gruñido, Otis Pemberton dio una vuelta hacia el lado derecho y otra hacia el izquierdo, buscando ávidamente con las manos el origen de aquella excitante risa, pero sus ansiosos dedos no encontraron más que un revoltillo de sábanas frescas.

Sorprendido y decepcionado, Pemberton se incorporó y miró con asombro a su alrededor, pero la cama estaba vacía, la habitación estaba vacía, y el único sonido que ahora oía era el monótono tictac del despertador sobre la mesilla de noche.

Gruñó con desesperación y revolvió apáticamente el montón de sábanas, pero la búsqueda resultó infructuosa, y comprendió con tristeza que estaba totalmente solo y que en la cama no había nada más que él mismo, con sus necesidades y su resaca.

Había sido un sueño cruel y exasperante, una falsa promesa de su subconsciente, rota por la realidad de una mañana sin alicientes.

Pemberton volvió a echarse en la cama y cerró los ojos. Era demasiado, pensó, compadeciéndose de sí mismo. Pero no acabó aquí su suplicio, pues una hermosa y pálida cara se abrió paso entre las brumas de su cerebro. ¿Quién era? ¿Dónde había visto aquellas incitantes facciones, aquellos ojos verdes, aquella boca grande y generosa? En ningún mundo real, sin duda, pues si hubiese visto alguna vez a aquella muchacha, sabría su nombre, sabría cómo se habían conocido y cuándo iban a verse de nuevo.

Pero solo era un fantasma, se dijo con aguda desesperación, un demonio que rondaba por los oscuros pasadizos de su mente, enseñando sus hombros desnudos y la punta de su lengua rosada, para atormentarle y confundirle en un momento de debilidad y necesidad.

Amargado por la infructuosa estimulación de sus glándulas endocrinas, Pemberton se levantó de la cama. Descubrió las gruesas cortinas y contempló la brillante luz del sol otoñal que bañaba los tejados de las casas de apartamentos y edificios de oficinas con un resplandor dorado. Desde las ventanas de su apartamento de Park Avenue, Pemberton tenía una romántica vista de la ciudad; los coches atascados en el tráfico matutino (al que pronto debería unirse él mismo) parecían juguetes alineados en las calles, y el clamor de las bocinas poblaba el aire, sugiriendo selváticos saludos más que la violenta impaciencia de hombres de negocios que intentaban abrirse camino hacia sus oficinas.

Pemberton bostezó, y durante unos virtuosos pero fugaces instantes pensó en hacer algunos ejercicios, pero se li-

mitó a bostezar de nuevo e intentó reconstruir los acontecimientos de la noche anterior, que, por el momento, se le escapaban en fragmentos sueltos, tan misteriosos e insustanciales como la voluptuosa mujer de ojos verdes que había compartido sus sueños aquella mañana.

¿Qué había sucedido? Cócteles con Nicole en su apartamento. Eso estaba tan claro como el agua. La luz del fuego en la chimenea y varios martinis, una tentativa ritual, insincera a causa del apetito, y luego la cena. En algún momento de la noche se habían reunido con Rocco. Esto empezaba a convertirse en un fastidio previsible: la inevitable coincidencia de Rocco. Coñac y café después de la cena, y luego un rato en un club. Aquí era donde los bordes de la realidad se desdibujaban. ¿Qué club? Champaña, música, ruido, las contorsiones de costumbre.

De pronto un demonio de cara roja se echó a reír entre las tinieblas de sus pensamientos y le sonrió con expresión burlona. Cielos, ¿qué había ocurrido? Los recuerdos, empañados pero vagamente aterradores, empezaron a serpear como culebras en las profundidades de su mente. ¿Había habido una pelea? Sí, él había golpeado a alguien, o alguien le había golpeado a él. Recordó caras airadas y voces rencorosas. ¿Había sido Rocco? ¿Había golpeado él a Rocco? ¿O Rocco le había golpeado a él?

Pemberton cogió una sábana de la cama, la enrolló en torno a su cuerpo desnudo, y luego, al igual que un rollizo pero vigoroso senador romano, se dirigió hacia el cuarto de baño y encendió las columnas gemelas de luz fluorescente que flanqueaban su espejo de afeitarse.

Al examinar sus correctas y rosadas facciones, Pemberton suspiró con alivio; no tenía ninguna marca. Goethe estaba en lo cierto; se era martillo o yunque, no había término medio, y evidentemente él había ejercido de martillo la noche anterior. Sin duda, había golpeado a alguien. Pero ¿a quién? Era una pregunta alarmante pero, mientras contemplaba su desgredado cabello rubio y sus ojos azules,

decidió filosóficamente que si tales cosas debían ocurrir, más valía preocupar se por haber golpeado a alguien que por haber sido golpeado.

Pemberton dejó caer la sábana y abrió el grifo del agua caliente y, mientras el agua hirviendo subía de nivel en la taza de la ducha de porcelana verde, miró con pesar su prominente aunque sólido estómago, y las almohadillas de carne que recubrían sus macizos hombros. Al día siguiente, resolvió con severidad, empezaría una dieta en comparación con la cual los ayunos de los primeros ascetas cristianos parecerían voraces orgías. Para desayunar, agua tibia con un chorro de limón; para almorzar, requesón; para cenar, una manzana.

No habría descansos de fin de semana, ni pausas «terapéuticas». Se haría a sí mismo el cruel favor de perder veinte kilos de peso, y hasta alcanzar este objetivo se despediría de las salsas y pasteles, del pan con mantequilla y las patatas, así como de los vinos y demás bebidas alcohólicas.

Mientras se mentía de esta manera, los ojos de Pemberton brillaban con sinceridad y su rosada cara redonda reflejaba una virtuosa determinación. A la inversa, cuando Pemberton decía la verdad, lo cual solía ser su costumbre, tenía cierta dificultad en mantener la expresión seria y la mirada serena del hombre sincero e incorruptible.

Había veces en que lamentaba no haberse dedicado al negocio de los coches usados. Intuía que habría sido un vendedor extraordinario. De hecho, para distraerse en la oficina, solía inventar pequeñas comedias protagonizadas por él mismo y un digno antagonista al que había bautizado como Joe Tipo Listo. Joe Tipo Listo era un hombre alto y flaco, con una sonrisa cínica, que había recorrido toda la ciudad en busca de gangas, y cuya Biblia era el libro azul. No se podía engañar a Joe Tipo Listo con ofertas de opciones forzosas, y «maravillas» pertenecientes a maestros retirados. No. Joe Tipo Listo iba por los establecimientos de coches usados como un Diógenes moderno, desenmasca-

rando a los tramposos y embusteros con la lámpara de su cínica experiencia.

Pemberton se rio entre dientes mientras se enjabonaba y aclaraba la cara. Se imaginó a sí mismo en el establecimiento de coches usados bajo un centelleante letrero de neón que rezaba: CHIFLADO OTIS PEMBERTON, EL COMERCIANTE TONTO. Y luego se imaginó encendiendo un cigarrillo para ocultar una sonrisa cuando Joe Tipo Listo entró, echando despectivas ojeadas a los coches aparcados en el solar.

Pemberton se cubrió la cara con crema de afeitar, se hizo una suave y cremosa barba con varias pasadas rotatorias de una anticuada brocha de afeitar, y luego empezó a urdir una escena entre Joe Tipo Listo y Chiflado Otis Pemberton.

PEMBERTON (*amablemente*): ¿Puedo servirle en algo, amigo?

JOE TIPO LISTO (*con una desagradable sonrisa*): Desde luego. Si tiene un Bonneville descapotable del 65, con radio AM-FM, por mil ciento noventa y cinco.

PEMBERTON (*débilmente*): No podemos ganar dinero con esos precios tan ajustados.

JOE TIPO LISTO: Ganen dinero con los imbéciles. No conmigo.

PEMBERTON (*con evidente respeto*): Ya veo que usted entiende de coches. (*Mirando a su alrededor con inquietud*). Voy a decirle una cosa. En la última hilera. El Chevrolet. No lo mire demasiado. Solo échele un vistazo.

JOE TIPO LISTO: ¿Y bien? ¿Qué tiene de especial?

PEMBERTON (*con un encogimiento de hombros*): Solo sé que el jefe adelantó el cuentakilómetros de ese Chevrolet en treinta mil kilómetros. (*Un guiño*).

JOE TIPO LISTO (*sorprendido*): ¿Que lo adelantó? ¿Por qué? (*Recelosamente*). ¿Quién querría comprarlo?

PEMBERTON (*asintiendo*): Lo ha pescado al vuelo. Está guardando el Chevrolet para alguien especial.

JOE TIPO LISTO: ¿Como quién?

PEMBERTON: Como su cuñado.

JOE TIPO LISTO (*con una sonrisa burlona*): Y usted tiene tan buen corazón que me lo venderá a mí, ¿eh? (*Fríamente*). Ya está bien de cuentos, hombre. Si le hiciera una jugarreta como esta, su jefe le pondría de patitas en la calle.

PEMBERTON (*tranquilamente*): Es verdad. Excepto por un detalle. Me ha despedido esta mañana. Hoy es mi último día de trabajo.

JOE TIPO LISTO: Así que quiere jugarle una mala pasada, ¿eh? (*Astutamente*). ¿Dónde está ahora?

PEMBERTON: Cenando.

JOE TIPO LISTO (*excitado*): ¿Puede venderme el Chevrolet antes de que regrese? ¿Con papeles y todo?

PEMBERTON (*con una amplia sonrisa*): Se lo venderé, no se preocupe.

La hoja de afeitar se deslizaba lenta y silenciosamente por las mejillas de Pemberton, poniendo al descubierto la firme carne rosada oculta por la blanca espuma. La sonrisa de Pemberton se hizo más amplia al imaginarse a Joe Tipo Listo parado en el puente de Triborough en la hora punta, maldiciendo con furia e impotencia, mientras su radiador hervía, sus neumáticos estallaban y los pistones del Chevrolet salían disparados como cohetes. Pero luego le asaltaron los remordimientos; Pemberton tenía demasiada imaginación para ser un buen vendedor de coches usados, pues ahora vio a la esposa de Joe Tipo Listo regañándole por ser tan tonto, y vio —oh, con tanta claridad— a los hijitos de Joe (con la nariz destilando) mirando tristemente el Chevrolet, aparcado en el sendero de una casa destartada, con los neumáticos rodeados de maleza.

El humor de Pemberton pasó a ser filosófico mientras se aclaraba la espuma de la cara y se lavaba los dientes. Podía inventar pequeños infiernos, pero carecía de la crueldad necesaria para condenar a sus víctimas a ellos.

De repente Pemberton se quedó inmóvil; sintió un hormigueo en los brazos y las piernas.

Ahí estaba otra vez, el sonido de una risa femenina, flotando ligeramente en el aire perfumado de jabón. Pemberton escudriñó su dormitorio. Vacío. Se puso las zapatillas y un albornoz, fue de puntillas hasta la puerta del salón y pegó la oreja a ella. La risa había cesado de nuevo, pero estaba seguro de que había venido del salón.

Pemberton abrió la puerta centímetro a centímetro, y escudriñó esperanzadamente a través de la rendija, que le permitió ver primero un rincón y luego toda la habitación, con las sombras parcialmente disipadas por el amortiguado resplandor del sol contra las cortinas corridas.

Lo que vio hizo que los latidos de su corazón se aceleraran de sorpresa y excitación.

Una muchacha desnuda dormía en el diván de su estudio. No pudo verla con claridad, o percibir los detalles de su aspecto; en la penumbra solo tuvo la visión de unas largas piernas y un cabello rubio esparcido sobre una almohada. En la pared, sobre el diván, el hombre de cuatro ojos de un grabado de Picasso la observaba con gran atención, y a Pemberton le pareció que cada uno de aquellos ojos estaba fijo en una zona distinta del cuerpo de la durmiente muchacha.

Era un buen momento para tener cuatro ojos, pensó Pemberton, entrando con cautela en la habitación. Comprendió que la situación requería una acción positiva, pero no sabía muy bien cómo proceder. ¿Debía carraspear y despertarla? ¿O taparla y dejarla dormir?

Atravesó la habitación, sin hacer ruido sobre la gruesa alfombra, y recorrió cuidadosamente las cortinas de una ventana que daba a la avenida. A la clara y fresca luz del sol, vio que la «desnudez» de la muchacha había sido producto de su imaginación; en realidad, una sábana le cubría las caderas y los muslos, pero no se veía el contorno de la ropa interior bajo su superficie.

¿Cómo había llegado hasta allí? Observó que la cadena de seguridad estaba colocada en la ranura de la puerta principal, lo cual indicaba... ¿qué? ¿Que habían llegado juntos? No necesariamente; ella podía haberle dejado entrar (lo que suscitaba la pregunta de cómo había entrado ella), o quizá fue él quien le abrió la puerta a ella, volviendo a la cama después de acomodarla en el diván del estudio. Sin embargo, esa teoría implicaba tal grado de amnesia por

su parte que la descartó en favor de su conclusión original, que era la de que habían llegado juntos, lo cual significaba que él la había traído a casa consigo.

Pemberton miró con inquietud a su alrededor. No había indicios de desorden, nada que sugiriese una frenética orgía; las botellas de licor se hallaban debidamente alineadas sobre el mueble bar, el tocadiscos estaba cerrado, las sillas, los cuadros y las piezas de escultura todo continuaba en su lugar acostumbrado, como silenciosos testigos de una conducta decorosa.

La ropa de la muchacha estaba doblada con pulcritud sobre la mesita auxiliar; un traje de *tweed* de color morado, ropa interior y medias. Debajo de la mesa, en un ángulo de pies torcidos hacia dentro (que Pemberton encontró muy gracioso) había un par de zapatos negros de tacón bajo, con hebillas plateadas en el empeine.

Al volver de nuevo su atención hacia la muchacha, comprobó con creciente reconocimiento y gratitud que era un ejemplar muy hermoso de su sexo. Pemberton se consideraba un verdadero experto, en el sentido de que saboreaba más profundamente la perfección cuando solo él podía admirarla, y ahora estaba en su elemento. Satisfecho como coleccionista, pues aquel tesoro, aquella hermosa criatura, cuyos muchos encantos se hallaban aprisionados por las dulces cadenas del sueño, se hallaba ante sus ojos para que solo él la contemplara y se deleitara con su belleza.

¡Qué joya de muchacha! Tenía unas piernas delgadas, bien torneadas y levemente bronceadas; unos hermosos hombros, y una cintura como una delicada columna de marfil; una muchacha de pura raza, *fine attaché* como decían los franceses, eslabonada con primor y elegancia en las muñecas y los tobillos y la garganta, las articulaciones tan bien ajustadas y lubricadas que incluso sus movimientos más casuales gozarían de una gracia etérea. Pemberton sabía que flotaría más que andaría, y un gesto de su mano o

un giro de su cabeza podrían romper fácilmente el corazón de un hombre.

Uno de sus brazos colgaba por encima del borde del diván y sus largos dedos reposaban sobre la alfombra. Era un brazo delgado pero fuerte, y Pemberton se imaginó a la muchacha con una raqueta de tenis en la mano y a punto de servir, una preciosidad vestida totalmente de blanco, con una adorable capa de transpiración en la suave frente, y la mandíbula encajada con resolución; y después la pelota sobre su cabeza, recortándose contra el cielo azul, y ese brazo, ese brazo delgado y fuerte, alzándose velozmente con los dedos cerrados en torno al mango de la raqueta, los hermosos músculos de las piernas flexionándose con sedosa coordinación, mientras se levantaba sobre las puntas de los pies para enviar la pelota hacia su desvalido oponente en el campo contrario.

O esquiando, pensó. Estaría maravillosa deslizándose por la línea de descenso directo, estabilizándose con suaves vaivenes de las rodillas y las caderas.

Suspiró ligeramente, pues ahora se sentía reacio a despertarla, a trocar la ilusión por la realidad; de hecho, quizá fuese una modelo o una actriz de televisión con cierto talento, y su voz podría ser tan empalagosa como la melaza, o destrozarle los tímpanos con la temible y seria inexpresividad del Medio Oeste.

De pronto dio un respingo y se inclinó hacia adelante para escudriñarle la cara. Un grueso mechón de cabello caía sobre su mejilla como un ala dorada, pero él percibió el desafío en sus delicadas facciones, y vio la sombra verde oscuro sobre sus párpados, reluciendo como esmeraldas astilladas contra su blanca piel.

Esta era la muchacha que había atormentado su despertar, el escurridizo demonio diurno que había aparecido en la oscuridad de su mente, sonriendo con picardía ante su confusión y necesidad. Santo cielo, pensó Pemberton, y ahora no tenía la menor intención de despertarla, pues se-

guramente estaba enterada del lío en que se había metido la noche anterior, y aún no quería saber los detalles; más tarde, confortado por algo de comida, y tal vez una copa, llamaría a Nicole y averiguaría qué diablos había sucedido. Por fortuna, la muchacha parecía hallarse en otro mundo, y Pemberton decidió que lo mejor sería vestirse y aclarar las cosas antes de despertarla. Pero entonces, como si el destino estuviese determinado a frustrar incluso el más sencillo de sus planes, el teléfono de su dormitorio empezó a sonar, y la muchacha se rio suavemente y hundió aún más la cara en la almohada, pero no se despertó, aunque volvió a reírse y una leve sonrisa distendió sus labios.

Pemberton atravesó la habitación a toda prisa, cerró la puerta del dormitorio a su espalda, y descolgó el teléfono de la mesilla de noche.

—¿Sí?

—Escúchame, quiero que me devuelvas la pulsera antes de media hora o llamo a la policía.

Era Nicole, y su voz sonó como la de un gato maullándole al oído.

—Vaya, buenos días, querida —dijo Pemberton.

—No me llames «querida». Te doy treinta minutos, y después avisaré a la policía.

Pemberton se frotó la dolorida frente.

—Cálmate y explícame lo que sucedió anoche. ¿Hubo una pelea?

—La pulsera es de oro. Tiene dos hileras de diamantes. Vale cuatro mil dólares. Si no me la traes...

—Haz el favor de callarte. —Pemberton empezaba a exasperarse—. Te he preguntado qué ocurrió anoche. Es evidente que yo estaba muy borracho. Pero sabes que me desagrada la histeria.

—Sí —dijo Nicole, con voz más suave.

—Muy bien. Háblame de anoche.

—Me quitaste la pulsera de la muñeca y se la diste a aquella buscona rubia de la que no podías apartar los ojos.

—Oh. ¿Fue en el Círculo?

—No fuimos al Círculo. Fuimos al Green Rey.

—El Green Key, eso es lo que quería decir.

—Te pasaste toda la noche mirándola. Ella estaba sola, esperando hacer alguna conquista, naturalmente. Cuando se levantó para marcharse, tú cogiste mi pulsera y echaste a correr tras ella. Yo envié a Rocco tras de ti. Tú le diste un puñetazo en la cara y lo derribaste. Después te alejaste en un taxi con esa mujerzuela rubia. —Las emociones de Nicole amenazaban con desbordarse y alzó la voz con estridencia—: Supongo que ahora está acostada junto a ti. No me importa si te enfadas conmigo. Quiero mi pulsera, o voy a la policía.

—Discúlpame un segundo —dijo Pemberton.

—¡No te atrevas a colgarme!

—Están llamando a la puerta. Espera.

Pemberton dejó el receptor encima de la mesilla y atravesó rápidamente la habitación. Abrió la puerta unos centímetros y escudriñó a la muchacha que dormía en el diván. ¡Maldición! Alrededor de su muñeca centelleaba una pulsera de oro, tachonada de blancos diamantes. La misma muñeca fina y tostada que, en su imaginación, había esgrimido una raqueta de tenis con tan despiadada elegancia unos minutos antes.

Pemberton se enjugó la frente con la manga del albornoz. Era la pulsera de Nicole, sin duda. ¡En qué lío tan absurdo se había metido! Pero sabía que la causa de todo era que Nicole había empezado a aburrirle, y que en su compañía se tornaba inquieto e irritable, y bebía demasiado. El razonamiento le alivió; se puso a resguardo de la culpabilidad tal como otros hombres se pondrían a resguardo de una bomba, pues se comprendía muy bien a sí mismo, y sabía que sin culpabilidad no había debilidad.

Cerró la puerta sin hacer ruido, volvió junto a la mesilla de noche y cogió el teléfono.

—Vamos a ver, ¿dónde estábamos?

—¿Quién llamaba a la puerta?

—Oh, era esa increíble mujer que vive en el ático. Estoy seguro de que tiene un sinfín de abogados y corredores, pero por alguna maldita razón cree que solo yo puedo aconsejarla sobre sus inversiones.

—Suena encantador —dijo Nicole, queriendo mostrarse seca, pero delatando su amargura—. ¿Le das algo más aparte de consejos? ¿Quizá un poco de vino delante de la chimenea? ¿Y alguna palmadita en la rodilla?

Pemberton se echó a reír.

—Oh, vamos, tiene más de cincuenta años.

Estas palabras fueron como gotas de gasolina sobre las llamas de la cólera de Nicole.

—¿Cincuenta? ¿Es este el límite máximo para ti? ¿Crees que una mujer debería recluirse a partir de los cincuenta para no asustar a la gente?

—Basta, Nicole. ¿Dónde está tu sentido del humor?

La pregunta era puramente retórica; Nicole no tenía sentido del humor, aunque Pemberton sabía que la halagaba ser sospechosa en este aspecto.

—Lo siento, Otis —dijo ella, con un leve puchero en la voz.

—Eso está mejor. Volvamos al motivo de tu llamada. Tu pulsera se encuentra encima de mi tocador, tan segura como si estuviese en una bóveda.

—Y esa fulana, ¿supongo que está sonriéndote desde la cama?

—No, está durmiendo, supongo, en el apartamento de su hermana en la calle Cincuenta y ocho, que es donde la dejé anoche.

—Veo que no estabas tan borracho como para no acordarte de eso. ¿Por qué te escapaste con ella?

—Te lo explicaré esta noche.

—¿Vendrás a tomar el aperitivo?

—Encantado —dijo Pemberton.